¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V2

Capitulo 41: Casmode (Segunda parte)

Las criadas sintieron que el humor de Su Majestad hoy era muy bueno.

No.

No sólo bueno.

Fue extremadamente, extremadamente bueno.



¿Y por qué las criadas se sentían así?

Porque el jefe, notoriamente adicto al trabajo, sorprendentemente los había dejado salir temprano (y ya habían pasado dos días seguidos).

No sólo eso, Su Majestad había estado sonriendo todo el día, no manteniendo una cara severa como de costumbre.

Después de lidiar con algunas tareas complicadas, incluso tarareó alegremente una melodía pegadiza.

En conclusión, las criadas tuvieron dos conjeturas atrevidas:

Su Majestad podría estar embarazada de trillizos;

Su Majestad podría estar preparándose para concebir trillizos.

Ya los dejé salir temprano. ¿Por qué no vuelven a descansar? ¿Qué hacen aquí todavía?

En el trono del palacio, Rosvitha, enterrada en el papeleo, ni siguiera levantó la cabeza mientras hablaba.

Las criadas asintieron e hicieron una reverencia de inmediato, sin atreverse a especular demasiado sobre el inusual comportamiento de Su Majestad ese día. Se dieron un codazo y salieron del palacio una a una.

Cuando solo quedaba Rosvitha, inconscientemente volvió a tararear una alegre melodía.

En sus cincuenta años de reinado, pocas veces había sido tan feliz como ahora.

Durante cincuenta años, ella había estado repitiendo casi el mismo día:

Despertar, refrescarse, desayunar, trabajar, comer, trabajar, cenar, horas extras, descansar.

Una y otra vez, año tras año.

La larga vida del Clan Dragón era como un mar infinito, y Rosvitha era un barco solitario a la deriva en él, llevado sin rumbo por los vientos y las olas, dejándose llevar por ellos a donde quisieran.

Pero ¿qué había más allá?

Aún así, era un mar sin límites.

Su trabajo era el mismo. Ordenaba la montaña de registros de trabajo la noche anterior, solo para descubrir que al día siguiente aparecía otra montaña.

Rosvitha nunca se quejó.

Porque sabía que quejarse era inútil.

Además, era la gobernante del Dragón Plateado; a ojos de sus congéneres, era una líder, un faro de fe, un ancla espiritual. No podía permitirse mostrar miedo ni retroceder ante ningún asunto.



¿Pero le gustaba ser gobernante? ¿Disfrutaba enfrentarse a un flujo interminable de trabajo? ¿Disfrutaba pasar la mitad de su vida en esa jaula llamada trono?

Ella no lo sabía.

Pensó que con el tiempo podría llegar a odiar esta vida.

Pero al final, ni odio ni alegría, Rosvitha no sintió aversión, y mucho menos placer.

Su corazón era como un bosque tranquilo, perturbado ocasionalmente por algunos pájaros que volaban, pero por lo demás no había ondas.

Y lo que ella nunca imaginó fue que quien llenara de alegría su monótona vida sería un ser humano.

Ese idiota sin ningún talento particular además de matar dragones y criar niños, cuyo borracho "Me gustas" permaneció en sus sueños, hizo que Rosvitha no pudiera evitar preguntarse si realmente estaba comenzando a desarrollar sentimientos por él.

Pero él era un ser humano, un adversario tenaz que disfrutaba desafiándola. ¿Por qué desarrollaría sentimientos por él?

La Reina Dragón Plateada había resuelto innumerables problemas para su tribu, pero cuando se trataba de los suyos, no encontraba la salida. Y, por desgracia, no podía pedir ayuda a nadie. La única persona capaz de desvelar los secretos de su corazón era ella misma.

De repente, unos pasos resonaron en el templo, interrumpiendo los pensamientos de Rosvitha. Levantó la vista para ver quién era. Bueno, hablando del diablo.

León llevaba dos baldes de pintura, con varios pinceles de distintos tamaños y dos delantales de color azul cielo en su caja de herramientas alrededor de su cintura.

Rosvitha miró a Leon de pies a cabeza. "¿Qué? ¿Acaso han despedido a los cazadores de dragones y los han reentrenado como... pintores honorables?"

León sonrió, sin responder a la broma de Rosvitha, y se acercó.

"Ya he estipulado antes que nadie puede traer pintura o sustancias similares al templo, de lo contrario, se le descuenta medio mes de salario".

Tenía un ligero caso de TOC por la limpieza, y la pintura y cosas similares tenían un olor fuerte, y si se derramaban, sería difícil lidiar con ello.

Pero a pesar de que dijo eso, en realidad no impidió que Leon viniera.

Bueno, porque el inútil no tenía sueldo que deducir.

Dejó la pluma en su mano, apoyó la barbilla en una mano y miró a León debajo del trono.

León también la miró. "¿Cuándo terminas de trabajar?"

Depende de mi humor. ¿Qué tal?

"Ayúdame a cambiar el color del Carro de Guerra Negro Dorado".

Rosvitha se animó de inmediato al oír la mención. "Muy bien, vámonos".

Cerró el registro de trabajo, se levantó del trono, se levantó la falda y bajó rápidamente los escalones.

León se quedó desconcertado. "¿Tan decidido? Aún no es hora de terminar el trabajo".

"Dije que depende de mi estado de ánimo".

León arqueó una ceja. "¿Entonces estás de buen humor ahora?"

Tantas palabras innecesarias. ¿Vienes o no?



"Vamos, vamos."

La pareja caminó uno al lado del otro, saliendo del Templo del Dragón Plateado.

Llegaron al almacén privado de Rosvitha, situado en las montañas traseras, y los dos entraron uno tras otro.

Cuando estaba en el Ejército de Cazadores de Dragones, los dragones contra los que luchaba no conocían su nombre ni su apariencia; solo lo describían como "la persona con armadura negra".

Poco a poco, este apodo se extendió entre los dragones. Después de todo, era imposible no propagar el apodo de alguien de una tribu foránea que blandía truenos y relámpagos, atacando dragones a la vista.



Tal como dijo la abuela de Rosvitha anteayer.

Y antes de ponerse el Carro de Guerra de Oro Negro y poner un pie en el campo de batalla, para no despertar sospechas de la tribu del Dragón Plateado, aplicó casualmente un poco de pintura plateada en la armadura y nadie lo reconoció al amparo de la noche.

Pero esos disfraces tan burdos sólo podían engañar a la gente temporalmente, no para toda la vida.

León tuvo la premonición de que tendría que quedarse con Rosvitha durante bastante tiempo, al menos hasta que descubrieran la conspiración del imperio.

Considerando que el imperio podría desesperarse y enviar más reyes dragones tras Leon, decidió prepararse con antelación esta vez. No podían permitirse el lujo de posponer las cosas como lo hicieron durante el incidente con Constantino.

Tras explicarle a Rosvitha por qué necesitaban cambiar la apariencia del Carro de Guerra de Oro Negro, ambos extrajeron varias partes de la armadura una por una. Se pusieron los delantales y se sentaron en el suelo para comenzar su "spa de armaduras".

Hablando de eso, ¿por qué no les pediste ayuda a las hijas? ¿No ha vuelto Noia?

Rosvitha acunó el casco del Carro de Guerra de Oro Negro en sus brazos, aplicando pintura con cuidado.

León dudó: «Están... con la anciana. Es su primera reunión, así que no sería apropiado molestarlos».

Esa era una excusa razonable. Pero Noia había regresado ayer, y las tres hijas habían pasado la noche con su bisabuela. Ya casi anochecía, así que había pasado un día entero. Por muy cercanas que fueran las generaciones, no deberían estar juntas todo el tiempo, ¿verdad?



Si Leon simplemente dijera: "¿Quién quiere ayudar a papá a pintar?", Noia y Muen probablemente correrían a ayudar. ¿Qué? ¿Lucita? Apenas podía caminar bien; mejor se quedaba en su habitación.

Además, las hijas no sabían el origen de esta armadura, ayudar no las cansaría e incluso podría mejorar la relación entre padre e hijas.

Al pensar en esto, la mente de Rosvitha se agitó y pensamientos traviesos la asaltaron. «Ah, así que no querías molestar a los niños ni a la anciana».

León miró de reojo a la madre dragón y respondió en un tono apagado: "Sí".

-Oh -dijo Rosvitha fingiendo estar decepcionada.

"¿Qué pasa con ese suspiro?" preguntó León.

—Pensé que querías hacer esto a solas conmigo. —Rascó ligeramente el casco del Carro de Guerra Negro Dorado con sus delicadas uñas, haciendo pucheros como si fuera una esposa abandonada. León sintió que su humor bromista volvía a aumentar.
"...Madre Dragón, ya basta."

Rosvitha, al ver su pequeño truco al descubierto, no se apresuró. Se recompuso y lo miró.

¿Qué? ¿Ahora dices que ya basta? ¿Por qué no lo dijiste cuando me dijiste que te gustaba anteayer?

"Eso es porque—"

"¿Eso es porque qué?"

-Eso es porque... estaba borracho. ¿Cuentan las palabras dichas estando borracho?

Rosvitha resopló. "¿Te emborrachaste con un solo sorbo? ¿A quién intentas engañar? Definitivamente estabas sobrio entonces".



León la miró de reojo, sin querer seguir con el tema. A decir verdad, estaba sobrio esa noche.

Aunque no era muy bebedor, pudo controlarse tras un solo sorbo. Sabía exactamente lo que había dicho en ese momento y el estado de ánimo en el que se encontraba. Pero volver a mencionarlo ahora lo hizo sentir un poco avergonzado.

"¿Por qué tanto silencio? ¿Te arrepientes?", insistió la reina.

¿Arrepentimiento? No realmente. Solo se arrepintió de haber hecho algo que no le gustaba.

Así que ese "me gustas"... apenas podría considerarse como las sentidas palabras del General León.

-Tch, ¿quién te crees que eres para decir que ya está dicho y hecho? ¿Por qué iba a arrepentirme?

Aunque las palabras de León fueron duras, en realidad fue directo al respecto. Rosvitha siempre había admirado eso de

-Dilo otra vez, entonces -le instó Rosvitha.

¿Terminaste? Lo dije y no respondiste. ¿Qué sentido tiene repetirlo?

Uh-oh. Me estoy impacientando.

Rosvitha frunció los labios y murmuró en voz baja: "Olvídalo, a nadie le importa de todos modos". Continuó pintando el casco de Leon.

Mientras cepillaba, Rosvitha notó que toda la pintura que Leon había traído era del mismo color: plata. ¿Qué tramaba? ¿Un Carro de Guerra de Oro Negro, con una piel plateada deslumbrante, exclusivo del Dragón Plateado?

"¿Por qué es todo plata?" preguntó Rosvitha casualmente.

-Me gusta la plata -respondió León sin dudarlo.

Rosvitha se sorprendió por un momento, luego se aclaró la garganta dos veces, tratando de llamar la atención del hombre perro.

León, cooperativo, levantó la cabeza para mirarla. Rosvitha jugaba tranquilamente con su cabello plateado, como si nada.

León puso los ojos en blanco sin decir nada, bajó la cabeza para seguir pintando.

"Ejem-"

Él volvió a levantar la mirada.

Rosvitha seguía jugando despreocupadamente con la punta de su cola plateada.

León suspiró pero decidió permanecer en silencio.

"Ejem-"

"Está bien, está bien, entonces es tu plata, ¿de acuerdo?"



Las indirectas de la reina casi le daban en la cara. Si León seguía haciéndose el muerto, Rosvitha probablemente lo obligaría a decirlo. Era mejor que él tomara la iniciativa.

Rosvitha finalmente quedó satisfecha y continuó pintando contenta.

Tras un rato de intenso trabajo, la pareja finalmente terminó de cambiar la apariencia del Carro de Guerra de Oro Negro. Al observar la armadura recién renovada, Rosvitha asintió con satisfacción. "No está mal, se ve bastante bien".

"Mmm."

Un "hmm" bastante apagado. Rosvitha lo miró, notando la inexpresividad en el rostro del hombre perro. Su actitud y humor eran completamente diferentes a los de cuando estaban en el templo.



Rosvitha probablemente podía adivinar por qué estaba así, debido a su reciente conversación:

¿Terminaste? Lo dije y no respondiste. ¿Qué sentido tiene repetirlo?

El testarudo muchacho finalmente había reunido el coraje para dar un paso adelante, pero esa noche ella solo lo abrazó y lo besó sin darle ninguna respuesta.

A pesar de que no había dicho nada estos últimos días, no pudo evitar sentirse un poco incómoda por dentro, ¿verdad?

Rosvitha frunció los labios, dudó un momento, luego se acercó a él en silencio y tiró suavemente de su manga.

"¿Qué pasa?" preguntó León en voz baja, pero su mirada permaneció en el Carro de Guerra Negro y Dorado.

"Casmode."

La reina se acercó de puntillas a su oído y susurró suavemente, con su aliento como orquídeas: "Me gustas".

Traducido por:

Gคฃ๏ - RexScan

